

ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

LA ARAUCANA

Edición de Luis Íñigo-Madrigal



BIBLIOTECA CASTRO

FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO



Patronato

Presidente

JUAN MANUEL URGOITI

Vicepresidente

TOMÁS MARÍA TORRES CÁMARA

Vocales

SANTIAGO RODRÍGUEZ BALLESTER

JULIÁN CALDERÓN TRUCO

Vocal-Secretaria

MARTA SÁNCHEZ SAIZ

BIBLIOTECA CASTRO

Dirección Editorial

SANTIAGO RODRÍGUEZ BALLESTER

Dirección Académica

DARÍO VILLANUEVA (de la RAE)

Responsable de Edición

CECILIA FRÍAS

Queda prohibida cualquier forma de reproducción total o parcial de la presente obra sin autorización expresa y escrita de la Fundación José Antonio de Castro, titular del «copyright», extendiéndose la prohibición al tratamiento informatizado de su contenido y a la transmisión del mismo, en todo o en parte, y para cualquier fin o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado o por otros sistemas de reproducción de textos, fotografías o grabados.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

CEDRO: c/ Miguel Ángel, 23. 28010 – Madrid – Tel.: 91 308 63 30

© Imagen de cubierta e interior: *Retrato de Alonso de Ercilla y Zúñiga*, William Blake, 1800 (circa) © Manchester Art Gallery

© Introducción: Luis Íñigo-Madrigal

© Edición 2021: FUNDACIÓN JOSÉ ANTONIO DE CASTRO

Alcalá, 109 – Madrid 28009 – www.fundcastro.org

ISBN: 978-84-15255-71-0

DEPÓSITO LEGAL: M-21383-2021

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	IX
---------------------------	----

LA ARAUCANA

Licencia real.....	3
Prólogo del autor	5
Sonetos laudatorios	7
Retrato de Ercilla	13
Elogio de Cristóbal Mosquera de Figueroa.....	15
Dedicatoria al rey	27

PRIMERA PARTE

Canto I.....	31
Canto II	51
Canto III.....	75
Canto IIII	99
Canto V	125
Canto VI.....	139
Canto VII.....	155
Canto VIII	173
Canto IX.....	191
Canto X.....	219
Canto XI.....	235
Canto XII	257
Canto XIII.....	283

Canto XIII.....	299
Canto XV.....	313

SEGUNDA PARTE

Al lector.....	337
Canto XVI.....	339
Canto XVII.....	361
Canto XVIII.....	379
Canto XIX.....	399
Canto XX.....	415
Canto XXI.....	437
Canto XXII.....	453
Canto XXIII.....	469
Canto XXIV.....	493
Canto XXV.....	519
Canto XXVI.....	541
Canto XXVII.....	557
Canto XXVIII.....	575
Canto XXIX.....	595

TERCERA PARTE

Canto XXX.....	613
Canto XXXI.....	631
Canto XXXII.....	645
Canto XXXIII.....	669
Canto XXXIV.....	691
Canto XXXV.....	709
Canto XXXVI.....	723
Canto XXXVII.....	737

Declaración de algunas dudas que se pueden ofrecer en esta obra	757
--	-----

INTRODUCCIÓN

El padre del autor de *La Araucana*, Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533–1594), fue Fortún García de Ercilla, renombrado jurista y miembro del Real Consejo de Castilla que falleció en 1534, cuando el futuro poeta —el menor de sus hijos— acababa de cumplir un año. La familia quedó, con pocos medios de fortuna, a cargo de la madre, doña Leonor de Zúñiga. No hay datos fiables sobre la primera educación de Alonso, pero José Toribio Medina supone que al lado de su madre «aprendió las primeras letras y algo de latín, idioma que debió de enseñarle algún preceptor, probablemente el cura de su pueblo...». Tras ingresar, a los quince años, como paje al servicio del príncipe Felipe (1527–1598), que era desde 1543 regente de España y de Indias y que sería Felipe II a partir de 1556, aquella instrucción primera del joven Ercilla debe haberse incrementado, aunque no exageradamente. Como explica Antonio Domínguez Ortiz, «los pajes eran muchachos de buena familia, que servían la mesa, alumbraban con hachas y desempeñaban otros menesteres accesorios hasta que, llegados a edad competente, si querían seguir al servicio del señor, este les ceñía la espada, convirtiéndolos en gentileshombres o escuderos». Entre las granjerías de que gozaban los pajes se contaba un capellán que les enseñaba (cuando era menester) a leer y escribir, un maestro de esgrima, otro de baile y otro de música; también, un maestro de latín. Desde 1541 el maestro de pajes del príncipe Felipe era el eminente latinista Juan Cristóbal

Calvete de la Estrella, quien tuvo, entre los numerosos pajes del príncipe, dos discípulos que lograron nombradía literaria: Luis de Zapata y Alonso de Ercilla.

Pero las enseñanzas humanísticas que de Calvete de la Estrella recibió el autor de *La Araucana* no pueden haber sido demasiado extensas. Don Felipe emprendió, en octubre de 1548, un largo viaje con la intención de visitar a su padre, el emperador Carlos V, que se encontraba a la sazón en Flandes. El príncipe y su séquito (del cual formaban parte, con muchos otros, Calvete de la Estrella y diecinueve pajes, entre los que se contaba Ercilla) embarcaron en noviembre en Barcelona, con rumbo a Génova, para desde allí viajar a Bruselas (adonde llegaron a finales de mayo de 1550), parando en el camino en multitud de ciudades europeas. El príncipe regresó a España en julio de 1551 y, aunque no se pueda asegurar que Ercilla lo acompañara durante todo el itinerario, es indiscutible que la serie de festejos, ceremonias y compromisos palaciegos de ese largo recorrido (del cual Calvete de la Estrella escribió una famosa relación) no favorecieron las actividades pedagógicas. Sin embargo, el conocimiento de nuevas culturas, el intercambio con gentes de distintas procedencias e intereses, lo visto y oído, contribuyeron al desarrollo cultural del joven paje, que no dejaría de aprovecharlos en su obra. También, por cierto, su formación se nutriría, a lo largo de su vida, de la lectura de diversas obras clásicas (que probablemente leyera en traducciones) y de obras de su época.

A poco de su regreso a España, Ercilla volvió a viajar, esta vez acompañando a su madre, que formaba parte de la populosa corte del regente Maximiliano de Austria y su esposa María, hija mayor de Carlos V, en el regreso de estos de España a Viena, en 1552. Solo se sabe de la vuelta de Ercilla a la corte de Felipe en Valladolid en 1554, cuando el príncipe se aprestaba a partir a Inglaterra para casar allí, en segundas nupcias, con la reina María Tudor, la Católica (1553–1558). Don Felipe permaneció en la corte inglesa, en compañía de su segunda esposa, hasta finales de agosto o principios de septiembre de 1555 y en Inglaterra conoció las noticias de la sublevación (1553–1554) de Francisco

Hernández Girón en el Perú y la muerte en Chile, a manos de los araucanos (a finales del 53 o principios del 54), del gobernador Pedro de Valdivia.

El futuro monarca nombró nuevo gobernador de Chile a Jerónimo de Alderete, y virrey del Perú (para reemplazar a Antonio de Mendoza y Pacheco, 1490–1552, que solo había durado diez meses en el cargo) a don Andrés Hurtado de Mendoza, con especial encargo a este último de dirigirse prontamente a su destino, para poner coto a la insurrección de Girón. Tres pajes de la comitiva del príncipe solicitaron y obtuvieron de él la merced de acompañar al nuevo virrey a Indias, para combatir a los rebeldes. Uno de aquellos pajes, al servicio de don Felipe desde 1548, mozo de veintitún años recién cumplidos y que aún no ceñía espada, era don Alonso de Ercilla llamado a ser Inventor de Chile.

Se ha atribuido la súbita decisión de Ercilla a un desengaño amoroso que estaría en la raíz de una obrita poética (una de las muy pocas del autor, aparte de *La Araucana*), algunos de cuyos versos cita Lope de Vega en su elogio del poeta:

Don Alonso de Ercilla
tan ricas Indias en su ingenio tiene,
que desde Chile viene
a enriquecer las musas de Castilla,
pues del opuesto polo
trajo el oro en la frente, como Apolo;
porque después del grave Garcilaso
fue Colón de las Indias del Parnaso.
Y más cuando en el lírico instrumento
cantaba, en tiernos años, lastimado,
*que ya mis desventuras han hallado
el término que tiene el sufrimiento.*

Esos versos finales, que forman parte de una glosa publicada solo en el siglo XVIII (glosa sobre una cuarteta que reza «Amor me ha reducido a tanto estrecho / y puesto en tanto extremo un desengaño / que ya no puede el bien hacer provecho / ni el mal, aunque se esfuerce mayor daño»), quizás no sean, como dice Lope, producto de un corazón

lastimado. Pero, aunque el desengaño amoroso pudo ser meramente tópico, esos versos revelan un cierto trato del joven cortesano con las musas.

* * *

Si no desengañado del amor, sí bisoño en las artes militares, Ercilla emprendió viaje hacia las Indias en octubre de 1555. Hay una Real Cédula de esa fecha a los oficiales de la Casa de Contratación ordenando den licencia a don Alonso de Ercilla, con cuatro criados, para pasar a Perú y Chile.

Las naves que llevaban a Hurtado de Mendoza, a Alderete y a don Alonso, zarparon del puerto andaluz de Sanlúcar y fueron sorprendidas, días después, por un gran temporal. Algunas de las naos (entre ellas la de Alderete, en la que viajaba Ercilla) hubieron de volver a Cádiz, no haciéndose a la mar nuevamente sino en diciembre de ese año. No pararon allí las desventuras. Ya arribados al Nuevo Mundo, y después de atravesar el istmo de Panamá, Alderete enfermó gravemente, muriendo en la isla de Taboga en abril de 1556. Continuó viaje Ercilla, reuniéndose con el virrey Andrés Hurtado de Mendoza en el puerto peruano de Trujillo y siguiendo con él hasta Lima. En el entretanto la rebelión de Hernández Girón había sido dominada y el motivo primero del viaje de Ercilla a América dejado de existir. El virrey Hurtado de Mendoza nombró a su hijo, don García, gobernador de Chile (en enero de 1557), en sucesión del fallecido Alderete, y con don García partió Ercilla al reino austral. En febrero de 1557 salieron de Callao los navíos que conducían a don García y sus tropas, y con ellos, pasajero de la nave del nuevo gobernador, a don Alonso. El 23 de abril de ese año de 1557 desembarcaba Ercilla en el puerto de Coquimbo o La Serena; y dos meses después, junto a don García, continuaba su ruta (siempre por mar) hacia el escenario de las Guerras de Arauco, anclando los expedicionarios a la vista de la isla Quiriquina, a la cuadra de Penco, el 28 de junio, tras sufrir la violencia del mar del Sur, suceso con que termina la Primera Parte de *La Araucana* y que el poeta relata con gran intensidad:

La nao, del mar y viento contrastada,
andaba con la quilla descubierta:
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debajo del mar toda cubierta.
Vino en esto de viento una grupada,
que abrió a la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fue casi rota.

Alzose un alarido entre la gente,
pensando haber del todo zozobrado;
miran al gran piloto atentamente,
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen «¡Zaborda!»; otros «¡Detente,
cierra el timón en banda!», y cuál, turbado,
buscaba escotillón, tabla o madero,
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice «¡A la mar!»; otro, «¡Arribemos!»;
otro da grita «¡Amaina!»; otro replica
«¡A orza, no amainar, que nos perdemos!»;
otro dice «¡Herramientas, pica, pica!,
¡Mástiles y obras muertas derribemos!».
Atónita, de acá y de allá, la gente
corre en montón confuso diligente (p. 333).

* * *

La primera de las tres partes de *La Araucana* narra hechos anteriores a la llegada de Ercilla al escenario de su poema. Esas tres partes se publicaron en un lapso de veinte años (1569, 1578, 1589), y su composición ocupó al poeta algo más de tres décadas (puesto que debe haber empezado a escribir en 1557 o 1558), lapso en que lo escrito experimentó, en diversos momentos, diversas modificaciones.

El poema está compuesto en octavas reales (estrofa favorita de la épica española del Siglo de Oro), esto es, en estrofas de ocho versos endecasílabos, con rima consonante ABABABCC, y acata, en el número de sus partes, la preceptiva

clásica, según la cual la epopeya (al igual que la tragedia) podía constar de un mínimo de tres y un máximo de cinco.

Cada una de las Partes (divididas en treinta y siete cantos numerados correlativamente, de los cuales quince forman la Primera Parte, catorce la Segunda y ocho la Tercera) va precedida de un exordio, esto es, de unas estrofas introductorias en que se anuncia lo que se va a cantar y se solicita ayuda en el empeño (si bien el exordio de la Tercera Parte escapa a este esquema). Los cantos, por su parte, se inician también, en la mayoría de las ocasiones, con unas estrofas introductorias de carácter moral o sentencioso, a imitación de lo que ocurre en los poemas de Ariosto, aun cuando en el de Ercilla esas estrofas adquieren función especial en cuanto *sententiae* o moralejas de lo que se narra principalmente en el canto respectivo, ofrecido a modo de ejemplo de lo dicho en los versos iniciales; estos ejemplos son, en Ercilla, principalmente históricos.

Paralelamente, en la mayoría de las ocasiones, tanto los cantos como las Partes se cierran con tópicos de la conclusión, provenientes de la tradición clásica. Cabe agregar que las Partes concluyen dejando en suspenso una acción iniciada, que solo continúa en la Parte siguiente; así la Primera, como hemos visto, se cierra con la tempestad que sorprende a los barcos en que Ercilla llega a Chile y solo se tiene la continuación de ese episodio en el Canto XVI que inicia la Segunda Parte; esta, a su vez, concluye en mitad de un duelo que sostienen Rengo y Tucapel (destacados caciques araucanos), duelo que solo continúa y se resuelve en el Canto inicial de la Tercera Parte.

La crítica difiere en cuanto a la fecha de la composición inicial del poema, sobre las modificaciones que puede haber sufrido y, también, sobre la fecha de su versión definitiva, problema este último al que nos referiremos posteriormente.

* * *

Las cinco primeras octavas del Canto I contienen el exordio general del poema, que se inicia con la conocida estrofa:

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto, enamorados;
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados,
que a la cerviz de Arauco, no domada,
pusieron duro yugo por la espada (p. 33),

cuyos dos primeros versos son una inversión de los iniciales del *Orlando furioso*, de Ariosto (que Ercilla quizá leyó en italiano, aun cuando la traducción española, en octavas reales, de Jerónimo de Urrea, había aparecido en 1549):

*Le donne, i cavallier, l'arme, gli amori,
le cortesie, l'audaci imprese io canto,*

estableciendo así, por oposición, la materia guerrera que se propone cantar *La Araucana*, materia explicitada en los restantes versos de la octava. Pero ese propósito (esa proposición) no se cumple enteramente. El exordio del Canto XV, último de esta Primera Parte entona una dolida palinodia:

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento;
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, si no son de amor, como pintados (p. 315),

y las estrofas siguientes cuentan cómo el poeta ha pensado dar cabida a los temas amorosos en su obra, pero ha abandonado, finalmente, el intento. En verdad, ni lo ha abandonado, ni lo abandonará.

Ya en los Cantos XIII y XIII de la Primera Parte, hay un dramático episodio sentimental con protagonistas indígenas: el de los amores de Guacolda y Lautaro y la posterior

muerte de este. Lautaro es un personaje de primera importancia en el poema: paje de Pedro de Valdivia (conquistador de Chile), se rebela contra su señor y contra los españoles en ocasión en que estos últimos tienen aparentemente ganada una batalla decisiva y arenga a los araucanos, buscando que recobren los ánimos perdidos (III, 35–38); logrado su empeño, se erige posteriormente en una de las figuras indígenas de mayor autoridad y éxito militar. Una noche Lautaro duerme junto a Guacolda y ambos despiertan de malos sueños que anuncian la muerte próxima del guerrero, augurio que él trata de desvirtuar, pero que pronto habrá de cumplirse cuando el lugar en que descansan es asaltado por los españoles:

Del toldo el hijo de Pillán salía,
y una flecha a buscarle, que venía

por el siniestro lado, ¡oh, dura suerte!,
rompe la cruda punta, y tan derecho
que pasa el corazón más bravo y fuerte
que jamás se encerró en humano pecho (pp. 304–305).

Otros cuatro episodios sentimentales con personajes indígenas hay en el poema; dos en la Segunda Parte y dos en la Tercera. El primero es el que tiene como protagonistas a Tegualda y Crepino (xx, 27–79; xxi, 5–12), y del que el poeta es testigo y actor, pues, tras una batalla, descubre a una mujer que vaga en la noche buscando el cuerpo de su amado muerto para darle sepultura: es Tegualda, quien, a petición del narrador, cuenta la historia de sus amores con Crepino, desde que este obtuvo su mano en un torneo hasta su casamiento, ocurrido un mes antes del relato; el poeta ayuda a Tegualda en su triste búsqueda y, hallado el cuerpo, la acompaña hasta dejarla en seguro.

El siguiente episodio, del cual el narrador es también testigo y actor, tiene como protagonistas a Glaura y Cario-lán (xxvii, 61; xxviii, 3–52). Glaura, detenida por el poeta mientras corre campo a través, le cuenta su historia: tras la muerte, a manos de los españoles, de su padre y de un

pretendiente a quien no amaba, huyó por los montes, siendo asaltada por dos negros que pretendían violarla; desbaratado el intento por el indio Cariolán, que mata a ambos agresores, Glaura le toma como «guarda y marido», pero casi de inmediato son sorprendidos por una partida española que combate contra Cariolán mientras Glaura escapa; en este punto del relato llega uno de los sirvientes indios del narrador, precisamente Cariolán, a quien aquel había salvado la vida no hacía un mes; reunidos los amantes, el poeta les concede la libertad.

En la Tercera Parte del poema se encuentra otro de los episodios mencionados: el de Lauca (xxxii, 32–42), a la que el narrador encuentra después que la joven india haya pretendido suicidarse por la muerte de su esposo; el narrador cura a la joven con hierbas y la disuade de su propósito, dejándola en manos de un indio ladino para que cuide de ella.

También en la Tercera Parte está el último de los episodios con protagonistas indígenas, aunque no pueda calificarse, propiamente, como amoroso: es el de Fresia y su compañero, Caupolicán, máximo héroe de *La Araucana* (xxxiii, 78–83); prisionero Caupolicán de los españoles y a punto de sufrir una horrible muerte, Fresia, su mujer, le arroja a los pies al hijo de ambos, reprochándole su derrota y supuesta cobardía:

«Toma, toma tu hijo, que era el ñudo
con que el lícito amor me había ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado.
Cría, críale tú, que ese membrudo
cuerpo, en sexo de hembra se ha trocado:
que yo no quiero título de madre
del hijo infame del infame padre».

Diciendo esto, colérica y rabiosa
el tierno niño le arrojó delante,
y con ira frenética y furiosa
se fue por otra parte en el instante (p. 689).

Otro episodio amoroso hay en *La Araucana* —que Medina juzgaba de inclusión inadmisibles en ella— pero su protagonista no es indígena, sino nada menos que Dido, reina de Cartago, cuya historia (xxxii, 44–91; xxxiii, 2–55) cuenta largamente el poeta a sus compañeros de armas, desmintiendo la supuesta infidelidad que Virgilio achaca a Dido en la *Eneida* (obra que Ercilla, muy probablemente, leyó en la traducción de Gregorio Hernández de Velasco, publicada en Toledo en 1555).

Puede agregarse a los anteriores pasajes otros, menores, si no amorosos sí con protagonistas femeninas: tal el de doña Mencía de Nidos, que enrostra a los españoles que abandonan La Concepción su cobardía (vii, 20–31); y la visión ficticiamente premonitoria que el poeta tiene de su futura esposa doña María de Bazán (xviii, 66–74).

* * *

Tal vez convenga citar aquí un episodio con protagonistas indígenas, de naturaleza no amorosa sino guerrera, que narra el poeta cuando, tras el segundo asalto a La Concepción, habiendo triunfado los araucanos, ocurre un hecho nunca visto (x):

¡Quién vio los españoles colocados
sobre el más alto cuerno de la luna,
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
seguidos, no de Marte, dios sanguino,
mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temían,
las mujeres, a quien la rueda es dada,
con varonil esfuerzo los seguían;
y con la diestra a la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimían,
que, por el hado próspero impelidas,
hacían crudos efetos y heridas.

Estas mujeres digo que estuvieron
en un monte escondidas, esperando
de la batalla el fin; y, cuando vieron
que iba de rota el castellano bando,
hiriendo el cielo a gritos decendieron,
el mujeril temor de sí lanzando;
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,
toman de los ya muertos las espadas.

Y a vueltas del estruendo y muchedumbre,
también en la vitoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas;
no sienten, ni les daba pesadumbre,
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas:
antes, corren mejor las más preñadas (pp. 221–222).

Esta caracterización de las mujeres araucanas como amazonas no ha merecido una atención crítica muy extendida, pero sí divergente; desde los que cuestionan su verdad etnográfica, hasta quienes la entienden como parte de la jerarquización heroica de los personajes araucanos.

* * *

Lía Schwartz observó que los episodios con heroínas indígenas «están pensados como adorno retórico y como contraparte de los pasajes bélicos; no representan una ruptura en el hilo del relato ni quitan unidad a la obra, sino que contribuyen a crear un ritmo de alternancia temática». Quizás también, agreguemos, forman parte de lo que anuncia la segunda de las estrofas del exordio general de *La Araucana*:

Cosas diré también, harto notables,
de gentes que a ningún rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen;
raras industrias, términos loables,
que más los españoles engrandecen,